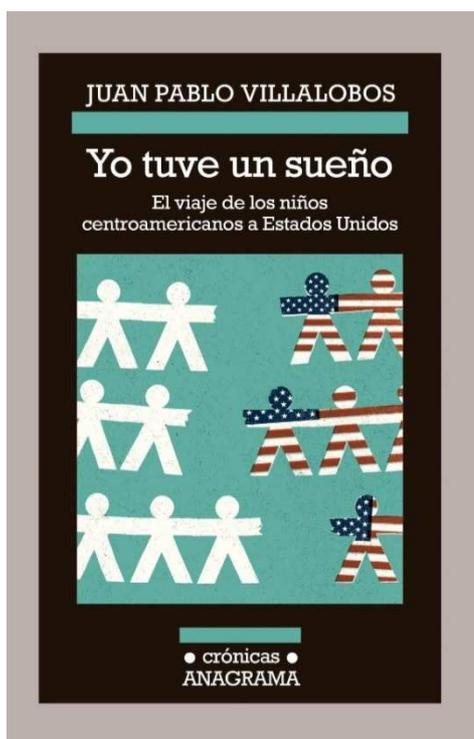


**JUAN PABLO VILLALOBOS**

***Yo tuve un sueño. El viaje de los niños centroamericanos a Estados Unidos***

Barcelona: Anagrama, 2018.



Hace poco más de dos meses que la editorial Anagrama publicó el último libro de Juan Pablo Villalobos, una breve colección de relatos tan escalofriantes como necesarios. El autor se ha propuesto con él dar voz a unos pocos niños mexicanos, hondureños, salvadoreños, guatemaltecos y de otros países de Centroamérica de los miles que cada año arriesgan sus vidas para cruzar la frontera con los Estados Unidos de América. Algunos lo hacen para reunirse con sus padres, que ya están allí desde hace meses o años; otros, bajo la promesa de una libertad democrática que los proteja de las bandas, el narcotráfico y la violencia en sus países; otros, simplemente, porque no les queda nada. Sin embargo, aunque las historias de este libro estén, en su mayoría, en boca de los niños que se atreven a emprender tal viaje completamente solos,

Villalobos no se olvida de los otros, de los que no son tan valientes, los que no quieren tener que cruzar de norte a sur el país de México y arriesgar sus vidas por una promesa que difícilmente verán cumplida.

No son solo cuentos, son las historias reales de varios niños y niñas centroamericanos que, sirviéndose de pseudónimos para proteger su identidad, nos



traen sus experiencias y las reviven con una fuerza increíble. Es su voz, directa y sensible, la que atraviesa una y otra vez el desierto y nos muestra a los lectores los caminos, las sendas, los coches, los trenes que deben tomar para conseguir la seguridad de que sus vidas no van a estar más en permanente riesgo. Ellos volverán siempre, inevitablemente, a esos caminos de peligros amenazantes, nosotros, como lectores, los atravesamos con igual estupor con ellos, pero a salvo. Mientras lo hacemos, la historia se repite cientos de veces al día y esas experiencias vuelven a quedar grabadas en otros tantos niños que no las podrán olvidar; para ellos el peligro sí es real. El gran éxito de Juan Pablo Villalobos ha sido el de reconstruir y organizar estas historias orales y servirse de los mecanismos narrativos del cuento para comunicar al lector una realidad que es mucho más aterradora que las páginas de este libro. Los niños, con edades muy diferentes y experiencias muy dispares, cuentan en primera persona (no todos los relatos siguen este esquema) sus inquietudes inocentes: qué les impulsó a huir de su país, cómo y quiénes fueron, quiénes les ayudaron por el camino y quiénes les hicieron daño, cómo fue su detención por el control aduanero estadounidense y cómo se resolvió su situación legal. La perspectiva de los niños, lejos de mostrar una visión inocente y liberada de estos episodios, lo que produce es un efecto aún más terrorífico y desgarrador al exhibir una actitud normalizadora hacia la violencia: o la han conocido en su lugar de origen o, directamente, son demasiado pequeños para comprender las consecuencias últimas de tal hostilidad. El lector lo único que puede hacer es tratar de digerir la frustración de no poder cambiar la situación en que se encontraron y en la que se encuentran cada día.

La violencia ejercida contra estos niños se presenta siempre en potencia, rara vez se producen escenas de agresión física o sexual directas, a las que, sin duda, están expuestos; el escritor ha descubierto que resulta mucho más efectivo dejar que el lector perciba la peligrosidad irresoluta de los relatos antes que los propios niños. Sabemos lo que hay detrás de las historias, lo que les depara a los niños o las amenazas que van a sufrir antes, incluso, que ellos mismos, o lo que es peor: conociendo de antemano las dificultades que se encontrarán en su camino las toman, atemorizados, porque quedarse en su país significaría una muerte segura. Así es como el autor construye narrativamente los testimonios y explota su significación concreta hacia una absolutización de las experiencias; con una naturalidad y una oralidad infantiles, Villalobos logra convencerte de que esas historias no están aisladas, que son retales de un relato trágico humano y humanitario. Lo único que falta en este libro: la voz de aquellos niños que no están aquí ya para contarnos su historia, los que desaparecieron o murieron por el camino. Ese es el vacío narrativo más aterrador, que los testimonios que estamos leyendo pertenecen a los que sobrevivieron entonces. Hoy, lejos de acabarse esta triste realidad, se hace cada día más real y más presente por los crecientes conflictos políticos y sociales en los países centroamericanos, por la falta de compromiso de gobierno mexicano y por el rechazo paranoico y culpable del gobierno de los Estados Unidos, antes con Barack Obama, ahora con el presidente

Donald Trump. La solución según este último: construir un muro para evitar que estos niños crucen la frontera.

Debería parecernos imposible que el mito del sueño americano siga en pie. No hace falta demostrar que Estados Unidos es un proyecto de país fracasado y culpable. Un país donde alguna vez fue posible que Martin Luther King soñara con la igualdad entre los hombres y sus posibilidades, donde no tuviera cabida la discriminación y el sistema democrático aceptara la diversidad de orígenes, culturas, religiones y que fuera valiente a la hora de dar voz a los más débiles. Como le pasó al activista por los derechos de la población afroamericana, Juan Pablo Villalobos deberá conformarse con soñar. Lejos de acercarse el día de la libertad y la seguridad para estos niños refugiados, parece alejarse más y más por el camino que ha decidido tomar Donald Trump en cuanto a la regulación de la frontera con México. Ningún pronóstico es favorable y la respuesta exculpatoria del actual presidente es que la detención y aislamiento de niños ya se realizaba en tiempos de su predecesor. No han sido pocos los ataques al escritor y a la realidad que presenta en su libro. Su única arma contra la mentira y el odio ha sido, precisamente, mirar hacia los niños. Ellos no son ni criminales, ni violadores ni vienen a robar puestos de trabajo, son seres inocentes que, sin ser responsables de ello, sufren más que nadie los errores de sus gobiernos. Los niños son aquellos que deben resignarse a soñar, porque el mundo que debiera respetar su inocencia y cuidarlos no existe.

Mirando ya por el valor literario del libro, el autor ha sabido combinar con impecable precisión lo mejor de la crónica periodística y de la narración literaria, tomando por material los testimonios orales de niños con nombres y apellidos, pero también sirviéndose de los recursos y un estilo literarios que lo aproximan a los clásicos del cuento mexicano. Pienso, especialmente, en Juan Rulfo y sus ambientes asfixiantes, sus personajes inquietantes y su oralidad inocente; sin embargo, lejos de jugar con una realidad caótica y nebulosa como hizo Rulfo, quien nos transporta a un tiempo y a un espacio de ensoñación habitado por fantasmas, Villalobos no pierde la oportunidad para recordarnos que esa inocencia y ese terror casi soñados son más reales de lo que estamos dispuestos a aceptar. A través de los niños y su voz, el autor eleva una crítica a todos los actantes de esta situación: los países que no reconocen su condición de víctimas, las pandillas de adolescentes y jóvenes delincuentes, la complicidad del narcotráfico y la impunidad total de la violencia hasta en los pueblos más pequeños de Centroamérica. Los Estados Unidos, una promesa que se cumple solo a expensas de los padres que ya viven allí, una libertad que previamente se ha visto sometida a la desconfianza, el desprecio y el maltrato físico dentro del propio sistema aduanero norteamericano. Con unas condiciones alimentarias y de hacinamiento de los migrantes muy similares a las que estamos, muy tristemente, acostumbrados a ver con los refugiados en las aguas del mar Mediterráneo.

Con esta última obra, Juan Pablo Villalobos ha apostado por poner sobre la mesa un tema de urgencia social, una realidad histórica que muchas veces percibimos distorsionada o mal planteada a través de películas, series de televisión o, incluso, noticias informativas. La importancia de las crisis de refugiados en el XXI tiene una centralidad aplastante y la mayoría de los gobiernos han realizado un ejercicio de relativización, deplorable, de sus causas; la intransigencia, el odio, el racismo y el abandono son aceptados con demasiada facilidad. No deberían ser toleradas nunca. Villalobos lo sabe, y sabe también que esta realidad no debería desaparecer ni de nuestro día a día, ni de nuestras lecturas, ni del debate público; es un ejercicio de concienciación diario que debemos cuidar y atender. Sabe que debemos retomar los principios trascendentales de la solidaridad, del refugio a los desamparados, pero no para que sean internados en “hieleras” o en un CIE, sino una solidaridad real que piense en los refugiados como hombres, mujeres y niños con Derechos Humanos, con una dignidad que no ha sido respetada hasta ahora. Por desgracia, los países ricos de Europa y los Estados Unidos han querido mirar hacia otro lado y dar la espalda a toda esta realidad cruel y presente.

**MARCELO IRAULTZA URRALBURU GARCÍA**

UNIVERSIDAD DE MURCIA